

Los niños Asháninka

María Heise

Estas observaciones se refieren a los niños asháninkas del río Tambo. Aquí los asháninkas todavía han podido salvar muchas de sus costumbres tradicionales, su libertad y su independencia.



EL NIÑO

La primera impresión que da un niño asháninka, por lo menos hasta su ingreso a la escuela, es la de un niño libre, que no conoce los traumas y las neurosis de un niño de la ciudad y que vive y se desarrolla sin temor en continuo contacto con la naturaleza. Sin embargo, desde muy temprano recibieron de sus padres las enseñanzas acerca de los peligros que los rodeaban y la manera de enfrentarlos.

A quien viene de fuera, le causa gran asombro verlos cruzar un río caudaloso en una minúscula balsa, internarse en el monte o atravesar corriendo una profunda quebrada, donde el puente está representado por el tronco de un árbol.

En su lengua conoce perfectamente bien el nombre de un sinfín de aves, insectos, animales grandes y chicos y plantas de su entorno, nombres que muchas veces no tienen su equivalente en lengua castellana. Algunos de estos animales, son criados por los mismos niños y son sus pequeños amigos así como sus juguetes favoritos. Había un escarabajo gigante en el Tambo que encantaba a los niños, lo llamaban "perrito". El pequeño amigo podía ser también un lorito, un mono de bolsillo, un tigrillo u otro animal, es común entonces, ver a un niño, cargando su inseparable monito en la cabeza.

A parte del juego con la pelota, que fue introducido de afuera, es una ocupación favorita buscar por horas pescaditos, cangrejos, carachamas en la orilla del río. Para el niño asháninka estos son manjares con los cuales completa su reducida alimentación.

Otro juguete para los varoncitos es su pequeño arco con flechas verdaderas, que él sabe disparar con gran precisión. La niña carga en su "sompirontsi" su muñeca de trapo que muy pronto, apenas sus fuerzas alcancen, cambiará por su hermanito o hermanita.

De hecho, una línea de división neta entre juego y trabajo casi no existe, sin embargo, el trabajo se asume como algo natural ya que para sobrevivir, cada uno tiene que cumplir con su tarea.

LA FAMILIA

La madre nativa es una madre amorosa. Con el "sompirontsi" carga constantemente a su hijito menor, atendiendo al mismo tiempo todas las labores domésticas.

Los niños viven con la familia hasta su ingreso a la escuela, la primera experiencia alienante de su vida. Desde muy temprano empieza la educación informal, para la niña en las tareas domésticas, en la recolección de caracoles, gusanos y frutos silvestres, y en la elaboración de artesanías; para el niño en todas las actividades del padre, desde la caza y pesca, hasta los trabajos en la chacra.

Desde los primeros años de su vida, tanto el niño como la niña participan activamente en la vida familiar, ya sea en la casa o en la chacra, asumiendo res-



ponsabilidades: cuidan a los hermanitos, los alimentan, recogen leña y agua, las niñas ayudan a la mamá en la preparación del masato, los niños al papá en los trabajos agrícolas.

Por el mismo hecho que la casa tradicional es abierta, siempre la vida de la familia —una familia extensa, en general— se desarrolla en común. Este sentido comunitario forma un lazo que une a todos los vecinos. Hay que tener presente que el concepto de propiedad privada, de "compra-venta", es traído de fuera, la regla es el intercambio, el compartir. Estas son las normas que el niño aprende en su familia.

El profesor mestizo, que viene de un mundo con otros valores, el regatón (comerciante), el colono de la sierra, el misionero, descomponen y quiebran toda esta escala de valores.

En su cabecita se mezcla la música del tocacassett comprado por su papá en la ciudad más cercana con el cuento del "tunche" que le narró su abuelito.

Se viste con un polito chillón que ha vendido el regatón, pero considera muy bonito que su mamá le pinte la cara con achiote o huito.



En este sincretismo el niño parece moverse con absoluta naturalidad. Su mundo es el monte con todos sus animales, el río a pesar de sus peligros, lejos de este mundo un niño asháninka sufre y se enferma y sólo será feliz el día que pueda volver aquí. Esta fidelidad e identificación con su tierra, con su "hábitat", lo acompañará por toda la vida.

LA ESCUELA

Es comprensible que la escuela, que trae valores urbanos y una lengua ajena, represente un quebrantamiento del mundo del niño. Incomprensibles le resultan los héroes nacionales, las normas de comportamiento que están en su libro, un libro que viene de la ciudad: en éste libro se habla del aseo ("todos los días tienes que ducharte o bañarte en la tina"). El es tan limpio, todos los días se baña en la quebrada, pero ¿qué es una tina? y ¿qué es educación vial?, no hay semáforos ni carreteras en su comunidad, sólo pequeñas trochas. No hay carros, solo botes que llegan por el río, y ¿qué son los peligros de la electricidad?, él solamente conoce mecheros, quizás velas o un petromax en la casa del profesor.

Peor es cuando el profesor ha venido de fuera y sólo habla castellano, una lengua que él no entiende; el profesor mestizo también se siente infeliz, sus aluminitos son para él pequeños salvajes, cuyo nivel intelectual considera no mucho más alto que el de cualquier animalito del monte.

Estoicamente, el niño aguanta los años de la escuela como un sufrimiento inevitable, aunque su sentido quede para él incomprensible. Al finalizar la escuela, no mucho de lo aprendido se queda en él, un poco de castellano mal hablado, rudimentos de lecto-escritura y matemática, nombres y conceptos cuyo sentido él no entiende. Pero algo imborrable lo va a marcar, el convencimiento de valer menos, de ser inferior por el hecho de ser un nativo.

Por esto una educación, que respete la lengua y la cultura de los "no castellano-hablantes", "no criollos", "no mestizos", tendría que ser un derecho fundamental no sólo de los pequeños asháninkas, sino de todos los niños de otra lengua y otras culturas, un derecho que en la práctica lastimosamente muy poco se respeta.

LA AGRESION DEL MUNDO DE AFUERA

Sería un error pensar que el niño asháninka vive en un mundo idílico. La supervivencia en un medio ambiente como el de la selva es muy dura, el peligro y la muerte están al acecho en cada momento. Pero, el conocimiento y la adaptación a este medio permiten al niño vivir y desarrollarse en él con la misma naturalidad que los

peces en el río y los animales en el monte, porque él mismo se siente parte de este mundo. Por eso, las leyes que rigen este mundo, aunque sean duras se aceptan como parte indivisible de ello, como la muerte misma.

La agresión, a la cual el niño (y sus padres) no está preparado es la que viene de afuera, la penetración de los colonos aullenta los animales del monte, casi no hay "mitayo" después de días de caza, la pesca indiscriminada río abajo hace disminuir el pescado del río, los misioneros adventistas, prohibiendo por su parte, el consumo de carne de monte y de pescado sin escamas (el zúngaro, el pescado más rico del río), declarados carne inmunda, hacen empobrecer más aún la ya tan reducida comida diaria. Las primeras víctimas son los niños, cuya alimentación, después de la lactancia, se reduce generalmente a trocitos de yuca.

En consecuencia, la desnutrición y las enfermedades hacen estragos entre los niños, diarrea, gripe, deshidratación, sarampión, paludismo, tuberculosis o un simple resfrío. Irónicamente, estas enfermedades en general, son traídas de afuera, y contra ellas los nativos, en especial los niños, no tienen defensas.

De este hecho, los asháninkas son bien conscientes. En un cuento recogido en el Tambo, los portadores de la peste son tres hermosas mujeres rubias, en otro, un grupo de mestizos, a los cuales se dio amistosamente hospedaje durante la noche se hicieron tan pequeños que penetraron en las narices de los adultos y niños, y al día siguiente casi todos morían de un resfrío.

NIÑOS BRUJOS

En la cosmovisión asháninka, había una creencia que llevaba a una costumbre cruel: los niños, cuyos padres morían, eran considerados brujos; se les mataba o se les dejaba morir de hambre. Por suerte, hoy en día esta costumbre casi ha desaparecido. Quizás se trata de uno de los pocos efectos positivos de la penetración del mundo occidental.

Junio 1989